



Haroldo Conti

SUDESTE
FRAGMENTO



Presidencia
de la Nación

Ministerio de
Educación



tenemos
patria

Presidenta de la Nación

Dra. Cristina Fernández de Kirchner

Jefe de Gabinete de Ministros

Dr. Aníbal Fernández

Ministro de Educación

Prof. Alberto Sileoni

Secretario de Educación

Lic. Jaime Perczyk

Jefe de Gabinete

A.S. Pablo Urquiza

Subsecretario de Equidad y Calidad Educativa

Lic. Gabriel Brener

PLAN NACIONAL DE LECTURA

Coordinadora del Plan Nacional de Lectura: Adriana Redondo

Coordinación de colección: Jéssica Presman

Coordinación editorial: Natalia Volpe

Diseño gráfico: Mariel Billinghamurst, Juan Salvador de Tullio, Elizabeth Sánchez

Revisión: Silvia Pazos

Los presentes textos fueron extraídos de los títulos que integran "Haroldo Conti la Colección", una selección de seis libros del autor que el Ministerio de Educación de la Nación distribuirá en escuelas secundarias e institutos de formación docente de todo el país.

Sudeste

©2008, Haroldo Conti

©2015, Herederos de Haroldo Conti

©2015, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Ministerio de Educación de la Nación

Secretaría de Educación

Plan Nacional de Lectura

Pizzurno 935 (C1020ACA). Ciudad de Buenos Aires. Tel: (011) 4129-1075 / 1127

planlectura@me.gov.ar - www.planlectura.educ.ar

República Argentina, noviembre de 2015.

SUDESTE

FRAGMENTO

Haroldo Conti

No se puede decir que el río cambie de una manera en invierno y de otra manera en verano. Cambia. Eso es todo. Las islas, por el contrario, parecen distintas con cada estación que llega. No solo por la intensidad del verde, en el verano, sino por algo mucho más sutil. En el invierno, desde el río abierto, se pierden en una lejanía brumosa. De pronto están, de pronto no están. Uno duda del río y piensa que es imposible llegar alguna vez, a pesar de toda esa tenue ansiedad que lo aísla y lo mece y lo acongoja en parte. Más bien son un borde ilusorio, una sombra que oscila con el horizonte, hacia el oeste. Si por fin logra acercarse, entonces parecen todavía más remotas, habitadas por el silencio y la soledad y por una tristeza irreparable.

En el invierno la luz se refugia en lo alto. Amanece y oscurece en lo más encumbrado del cielo, muy lejos de la superficie. En verano sucede lo contrario. La luz comienza a brotar de las mismas islas y, empujando por allí,

desborda hacia el resto del día. En la mitad de la mañana, las islas parecen alegres barcazas mecidas por el agua. Si uno navega hacia las islas, navega hacia la claridad. Y hacia ese extraño bullicio que ha ido cobrando intensidad a medida que madura el estío.

Todo esto sucede en forma imperceptible. Esto de la madurez. Uno mismo es invierno, uno mismo es verano. Pero, de cualquier forma, está bastante claro que todo proviene del norte. La ansiedad y el bullicio y la propia luz. Toda esa exaltación y ese frenesí del verano.

Entre la media mañana y la media tarde, las islas brillan con una luz intensa y pareja, adormecidas al sol. Parecen un poco chatas. Un trazo de luz, un trazo de sombra. Nada de medios tonos. El aire sofoca. La arena en las playas cruje levemente. Hay un silencio espeso e hirviente. La atmósfera es arriba diáfana, pero a ras del suelo vibra y ondula de manera extraña. Luego el silencio se transforma en un zumbido interminable. Pero esto es una parte del verano. En el amanecer y en el anochecer, el día da lo mejor de sí. Y después queda la noche. La brisa del amanecer es fresca y el pescador se estremece levemente. Llegada desde el río y sobresalta a las islas. Entonces comienza ese bullicio y ese cosquilleo en la sangre y esa ansiedad que empuja al hombre hacia el horizonte. Un ángel, o algo por el estilo, acaba de pasar rozando el agua y los cabellos revueltos del hombre adormilado dentro del bote. Es demasiado veloz para los ojos del hombre y vino hendiendo

la media luz del amanecer, que hace confusas todas las cosas. Apenas se siente el roce pero es suficiente para turbarlo a uno. Ahora debe estar allá, hacia el norte, detrás de las primeras islas. Lo convoca a uno y lo apremia. Es necesario partir.

El Delta del Paraná, en su parte más ancha, apenas alcanza a los 70 kilómetros. Pero eso es tan solo el principio. La cosa va mucho más allá: 3.282 kilómetros por el Paraná y 1.580 kilómetros por el Uruguay. Y no es seguro que todo termine allí.

Sin embargo, no tiene sentido medir con esta medida. Un avión, un P11 o el minúsculo J3, que toma altura hacia el noroeste, desde el aeródromo de San Fernando, antes de los cuatrocientos metros, cuando todavía está ganando altura, divisa el Paraná de las Palmas y es posible que, cortando motor, lo sobrepase con el planeo. Un balandro que parte de la costa a media mañana y se propone llegar a Punta Morán, en la boca del Paraná, tropieza a menudo con tantos obstáculos que recién llega al otro día.

Si el viento no es decididamente favorable, comenzará a echar largos bordes que lo aproximen imperceptiblemente. A mediodía navega en pleno río, con la costa siempre a la vista y probablemente en una dirección distinta. La costa se reduce más y más. Es apenas una línea fluctuante. Ahora parece que el balandro está en medio del mar. Que no marcha hacia nada, sino más bien que se aleja de todo. Durante la mañana alcanzó a situarse frente a Bue-

nos Aires. Tuvo todo ese tiempo el cerco brumoso de sus edificios emergiendo por el lado de estribor, a veces casi a proa, como un barco gris con sus grandes chimeneas bajo esa constante nubecita de humo que es su verdadero cielo. Después de mediodía, viró hacia el norte. Ahora navega ciñendo o de bolina. Como sigan así las cosas, al término de este larguísimo borde saldrá a Punta Morán. Por ahora está en medio del río. Como en medio del mar. Cuando el barco cabecea se siente un breve chasquido bajo la roda. El viento silba en las jarcias sin darse un respiro, como si eso lo divirtiera. Las velas se mantienen combadas y a veces se sacuden. Uno siente en la propia sangre aquella pareja y constante presión. Aquí y allá, vacilando en la lejanía, aparecen puntos imprecisos que uno ubica ansiosamente sobre las cartas. Es increíble el efecto que produce una boya o una baliza avizorada a lo lejos. Toda la ansiedad se concentra sobre ese punto impreciso, al que se le asigna un significado tremendo. Pero si uno lo observa con demasiado detenimiento, desaparece. Está oscureciendo. Los puntos comienzan a guiñar. Hay algo cálido y hasta tierno en cada resplandor. El barco navega ahora en la noche. El río es oscuro y torvo. Enfila hacia una boya con destellos blancos. La silueta negra crece y se bambolea como un fantasma. Cuando pasa al lado, se nota el siseo del agua resbalando contra sus bordes. Estas enormes boyas sobrecogen un poco. Su luz es amable a la distancia, pero una vez cerca, erguidas como un peñasco, tienen un aspecto sombrío.

Aunque faltara la boya, uno presiente que el agua es aquí profunda y arrolladora. El balandro está cruzando el canal del Paraná y la presión de la corriente le obliga a corregir la deriva. Es noche completa. El cielo parece más poblado que toda esta soledad con sus lejanos destellos. Las estrellas parecen muy bajas y más próximas. Resbalan lentamente hacia el sur. Después del canal vienen los bancos con un metro apenas de agua y, a ratos, menos. Conviene echar el ancla. Cuando amanezca, aparecerá Punta Morán por delante, pero todavía lejos. Con el repunte, se puede cruzar el Bajo del Temor.

Sí. Es un tiempo distinto y una medida distinta. Las distancias se dilatan y la meta se aleja con uno. En mitad del camino todo es remoto. El punto de partida, el punto de arribada.

Disponía de un anclote con cepo, que había encontrado en el fondo del río. Nunca pensó que le pudiera servir para nada, pero como todavía estaba allí, donde lo había dejado colgado de un travesaño debajo de la casa, se le ocurrió que, después de todo, le podría ser útil para el río abierto. De manera que al caer de la tarde se aproximó a la isla, pero no llegó hasta la costa sino que ató el anclote al cabo y fondeó un poco más afuera. No estaba muy claro por qué lo hacía y la razón de más peso era que simplemente prefería dormir en el bote.

Con la última luz, encarnó uno de los espineles y lo echó al río. No era amigo de sembrar el agua de espine-

les, ni utilizar para estos casos espineles con muchos anzuelos. Le parecía más práctico una línea de 20 metros con cuatro o cinco anzuelos del 5 y medio y una buena plomada en el extremo. Acostumbraba a llevar una línea de este tipo sujeta al grillete de popa, de manera que no tenía más que encarnarla y arrojarla. Podía recogerla en contados segundos y no le entorpecía para nada. A veces, cuando se trasladaba a un lugar poco distante, prefería arrastrarla, y de cualquier forma, aun cuando la recogiera, a los pocos minutos la estaba echando con la misma carnada.

Arrojó, pues, la línea con la última luz y sin necesidad de encender el farol tanteó en la bolsa buscando el tocino y un trozo de galleta. Después de comer, se inclinó por encima de la borda y bebió un poco del agua del mismo río. Luego encendió uno de los puchos y se quedó mirando la noche, con aquel débil parpadeo delante de su rostro. El puntito brillante describió por fin un trazo más largo y se hundió en las tinieblas, dejando tras de sí una breve estela rojiza.

El Boga tanteó una vez la línea y luego se deslizó al fondo del bote.

De todas maneras, al día siguiente tuvo que acercarse a la costa. El bote había hecho demasiada agua. Empaparía las cosas y además, en esas condiciones, se hacía muy duro remar. Un bote con agua no solo pesa sino que

obedece bastante mal y escora al menor movimiento. Es una maldición en todo sentido.

Tanteó la línea y le pareció que traía enganchado algo. Pero esperó a llegar a la costa para recogerla. Estuvo mirando el bote un buen rato, sin decidirse por nada. No sabía si tumbarlo o vaciarle el agua con el tarro. No le entusiasmaba mucho la idea de sacar todas las cosas. Se decidió por lo último. Pero antes recogió la línea. Había enganchado dos bagres amarillos y un patí de algo más de un kilo. Pensándolo bien, le convenía hacer fuego y comer allí mismo, antes de ponerse en marcha. Esta idea lo animó un poco y se puso a vaciar el bote. Cuando estaba por terminar, salió a recoger unas ramas y encendió el fuego, Puso encima la pava, con agua hasta la mitad. Clavó dos horquetas en la tierra y atravesó una rama verde entre las dos, suspendiendo la pava en la rama.

Mientras hervía el agua, terminó de vaciar el bote. Luego tomó algunos mates. Estaba tirado en la playa y le placía oír el murmullo de la arena y sentir el viento del sudeste hendiéndose sobre su rostro.

Terminó con el mate y limpió los pescados. No hay cosa más desgraciada que limpiar un pescado cuando no se tiene ganas. Uno de los bagres lo guardó para carnada. Luego asó el otro bague y el patí. Los había limpiado bien, les roció el lomo con agua hirviendo para quitarles la catinga, los saló y, manteniéndolos abiertos con una ramita, los colocó sobre la parrilla.

Ahora era todo más agradable. A partir de ahora, sobre esta playa desierta, cocinando estos pescados, podía considerarse un vagabundo.

Él no pensó exactamente eso, sino que de pronto se sintió invadido por una extraña serenidad, una nueva placidez y una especie de risueño contento. Ahora ya estaba en aquello que, al parecer, había deseado por mucho tiempo.

Comió lo más sabroso y donde abundaba la carne. El patí es un excelente pescado, aunque algo grasoso. El viejo se volvía loco por las rodajas de patí, fritas en poco aceite.

Mientras comía, observaba el bote. Se puso a dar vueltas alrededor de él, pateándolo aquí y allá. Lo mejor que podía hacer, si quería seguir adelante, era ponerse a arreglarlo ahora mismo. Había traído algunas tablas, un ovillo de pabilo y un tarro con requechos de pintura.

Pero antes quería llegar un poco más lejos. No era amigo de las cosas apresuradas. Recién se ponía en marcha. Desde allí alcanzaba a ver la desembocadura del Anguilas y había embicado al bote sobre el mismo banco en el cual trabajó casi un año. Nada había cambiado hasta ahora realmente. Todavía rondaba dentro del mismo círculo y su deseo apenas estaba un poco más próximo.

Encendió un cigarrillo y se puso a observar el río.

No se detendría hasta haber cruzado el Paraná, por lo menos.

Haroldo Conti

Nació en Chacabuco, provincia de Buenos Aires, en 1925. Fue maestro de escuela, profesor de latín, empleado bancario, piloto civil, nadador, navegante, guionista de cine. Colaboró en la revista *Crisis*, escribió cuentos y novelas, integró jurados literarios. Estudió filosofía en la Universidad de Buenos Aires, donde se graduó en 1954. Dos años más tarde aparece su primera pieza, la obra teatral *Examinado*. En 1960 recibe un premio de la revista *Life* por el relato "La causa". En 1962 gana el premio Fabril con *Sudeste*, su primera novela, y se convierte en una de las figuras de la llamada "generación de Contorno". Le siguen *Alrededor de la jaula* –llevada al cine por Sergio Renán con el título *Creecer de golpe*–; *En vida* –premiada en España por un jurado integrado por Mario Vargas Llosa y Gabriel García Márquez– y los libros de cuentos *Todos los veranos*, *Con otra gente* y *La balada del álamo carolina*. En 1975 aparece *Mascaró, el cazador americano*, que merece el premio Casa de las Américas. El 4 de mayo de 1976, a pocos meses del golpe militar fue secuestrado. Continúa desaparecido.

Ejemplar de distribución gratuita. Prohibida su venta.

